

nuaba en la fortaleza observada por el enemigo, sin temer el asalto. Caonabo reconoció la imposibilidad de sorprender su vigilancia y de intentar una escalada; probó, pues, de sitiarse por hambre á la guarnición; ocupó los bosques cercanos; se apoderó de todas las salidas; de todos los senderos que conducían á la fortaleza, emboscando mucha tropa en los pasos que él suponía se debían seguir para abastecer la plaza. Ojeda disminuyó las raciones, y aguardó con paciencia estóica los efectos del fastidio en aquella tropa á quien debía incomodar el estar acampada al raso, por causa del fresco de las noches. Para no acostumarles á las dulzuras de un reposo asaz prolongado, hacia salidas de improviso en las que la furia de su ataque causaba grandes estragos. Los más intrépidos de los insulares eran precisamente los que caían al cargar contra ellos la caballería española, porque eran los únicos que probaban la resistencia en frente de los caballos de Ojeda.

El «Señor de la casa de oro» se mantuvo firme por espacio de treinta días.

Viendo finalmente que el fastidio y las enfermedades diezaban sus filas, Caonabo efectuó su retirada sin ruido. Habiendo fracasado en las orillas del Yaque, proyectaba su desquite contra la Isabela. Deslizándose como un reptil debajo de las espesuras de las yerbas, oculto en la profundidad de los bosques, llegó secretamente á los alrededores de la ciudad, rodeando su recinto durante la noche y buscando la parte vulnerable de la plaza. Á fin de hacer en ella sus observaciones con mayor facilidad, llevó su audacia hasta el extremo de penetrar dentro á la luz del día, pretextando ser amigo de los españoles. Pudo reconocer que estaba desguarnecida de tropas, que se veían allí más enfermos que personas de buena salud, y que los soldados diseminados á lo lejos no podrían socorrerla.

Estas eran las consecuencias del desorden de Pedro Margarit y de las difamaciones del padre Boil; estas eran las críticas conyunturas en medio de las cuales regresaba Colón á la isla, cuando hubiera necesitado un reposo completo del espíritu y del cuerpo.

Con todo, de diferentes puntos de la isla le llegaban rumores alarmantes. Mientras tanto llegó á la Isabela el rey Guacanagari, deseoso de ver de todos modos al Almirante. Presentóse á su aposento, y se mostró profundamente afectado al encontrarle enfermo. Habló otra vez de los trágicos acontecimientos del fortín, protestó de nuevo con lágrimas que él no había podido evitar aquella desgracia, recordóle que era su amigo, por cuyo motivo los demás Caciques le trataban como adversario. Comunicóle la conjuración tramada para el exterminio de los españoles; pidióle su auxilio contra sus vecinos convertidos en enemigos suyos, y sintiendo renacer su primitivo cariño hacia él, le ofreció darle todos los socorros que pudiese.

## CAPÍTULO VI.

COLÓN INTENTA ROMPER LA LIGA DE LOS CACIQUES.—CON EL AUXILIO DE UN ARDID INDIO SE APODERA DE CAONABO.—EL ALMIRANTE DESBARATA LOS PLANES DEL ARTIFICIOSO CARAIBE.—COMBATE DE DOSCIENTOS VEINTE ESPAÑOLES CONTRA CIENTO MIL INDÍGENAS.—COLÓN ORGANIZA LA COBRANZA DE LA CONTRIBUCION EN LOS PAÍSES SOMETIDOS.—LA REINA POETISA DE HAITI.—CONJURACION DEL HAMBRE.

### § I.

El Almirante no podía dejar impunes los asesinatos cometidos por Guatiguana ni su crimen contra los cuarenta enfermos. Por otra parte, las hostilidades duraban todavía por parte de los indigenas. Precisamente en aquel mismo momento el capitán Luis de Arteaga se hallaba estrechamente bloqueado en la fortaleza de la Magdalena. Previendo Colón que una mansedumbre más ocasionaría mayor efusión de sangre, dió la orden de atacar de improviso al cacique Guatiguana, con objeto de libertar la fortaleza. Las tropas del Cacique quedaron derrotadas y dispersadas; pero no pudieron los castellanos apoderarse de él. Los prisioneros fueron embarcados en los buques, que, al mando de Antonio de Torres debían volver otra vez á España.

Al propio tiempo intentó el Almirante romper la liga de los grandes Caciques, haciendo que saliera de la coalición Guarionex, que reinaba en el magnífico país de la Vega. Mandóle llamar; asegúrole que el castigo impuesto á Guatiguana era una medida totalmente individual, y que los delitos cometidos por los españoles, mientras él estaba ausente, serían igualmente castigados. El Almirante consiguió en aquella entrevista tal ascendiente sobre Guarionex, que le obligó á que diera su hermana en matrimonio al lucayo Diego Colón, el intérprete bautizado, que le servía tan fielmente (1), y á que dejara construir en medio de sus dominios una

(1) «... Quo interprete in Cubæ discursu usus fuerat sororem dare in uxorem.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ decadis prima*, libertus quartus, fól 10, § c.—Es el matrimonio de que habla Spotorno, confundiendo, por una extraña aberración, al intérprete indio, natural de San Salvador, bautizado en Barcelona, con su padrino el genoves D. Diego Colón, hermano del Almirante.

fortaleza que dedicó á la Virgen , bajo el nombre de la Concepcion. Así aseguraba sus comunicaciones con la comarca de las minas de oro, y podía reprimir toda sublevacion. Debilitada desde aquel momento la coalicion , se reducía á Caonabo, su cuñado Behechio , y al soberano de Higüey; y aún estos dos últimos no se atreverían jamás á emprender nada sin el apoyo del «Señor de la casa de oro.»

La pacificacion de la isla quedaba asegurada , paralizando la accion de Caonabo; pero no era empresa fácil acosarle en sus montañas cuyo suelo espinoso le proporcionaba una defensa natural. Por otra parte , no era posible continuar expuestos á sus golpes de mano. El Almirante creyó que debía combatir al guerrero Caraiibe con las armas que él mismo empleaba : la astucia indigena , los ardides indios. Comunicó su idea al capitán Alonso de Ojeda y le encargó de la expedicion. Tratábase de ir á encontrar á Caonabo en sus posesiones á más de sesenta leguas de distancia, prenderle en medio de su pueblo , y llevarselo preso á la Isabela. Para esto no podían ser muchos, porque hubieran excitado desconfianza. Ojeda escogió nueve jinetes de valor y energía muy bien probados en distintas ocasiones , y emprendió el camino de la Maguana. Traía al «Señor de la casa de oro» un rico regalo de parte del Almirante, y no desconfiando aquél de las intenciones de los enviados á causa de su corto número , recibió con placer lo que le traían.

Anteriormente, mientras Caonabo daba vueltas al rededor de las murallas de la Isabela , meditando la destruccion de la naciente ciudad , un sonido para él desconocido , de penetrantes vibraciones , había herido sus oídos por la tarde á la hora del último crepúsculo, y por la mañana al asomar los primeros rayos del sol: era la campana que daba el toque de *Angelus*. Había visto que luego despues se dirigían los españoles á la iglesia , y creía que aquella voz misteriosa les hacía obedecer. Así que habría dado todo lo del mundo para poseerla en sus montañas , y había ya manifestado estos deseos. Sabiendo Ojeda esta circunstancia, invitó al Cacique á que fuera á la Isabela para trabar amistad con el Guamiquina ó gran jefe de los españoles , y le hizo comprender que si él lo quería , el Guamiquina le regalaría el *Turey* de Vizcaya , porque así llamaban los insulares á la campana. Daban el nombre de *Turey* al cielo y á las cosas celestiales.

El «Señor de la casa de oro» no pudo resistir á semejante celo. Dispuso su partida ; pero llevándose consigo lo mejor de sus tropas. Observándole Ojeda que no se hacían visitas al frente de un ejército , respondió orgullosamente que no sería digno del «Señor de la casa de oro» el viajar con menor escolta. Ojeda fingió quedar convencido con la respuesta , y emprendieron el camino. Cuando la comitiva llegó al río Yaque, Ojeda sacó de su maleta unas esposas de acero, cuyo brillo excitó la codicia del Cacique. Caonabo preguntó cuál era su uso , y Ojeda le contestó que eran brazaletes de ceremonia que venían del *Turey* de Vizcaya , que

llevaban los soberanos de Castilla en las grandes ocasiones y en los bailes solemnes. Propúsole que se adornara con ellas despues de haberse bañado en el río , y que se presentara á la vista de su ejército , montado en su caballo , como un rey del *Turey*. La idea de que su pueblo le viera con semejante magnificencia le llenó de alegría. No pudiendo sospechar que en medio de su ejército corriera ningún riesgo de parte de diez hombres solos , por decencia se alejó un poco de sus tropas. Bañóse , y adornándose despues con las brillantes esposas , se dejó montar á caballo , á la grupa de Ojeda , y apretar los piés y las manos con aquellos adornos de acero. Ojeda hizo entonces caracolear su caballo, ensanchando de cada vez más el círculo de sus evoluciones, y los indios retrocedían naturalmente ante los brincos del caballo. Luego que estuvo en el límite del bosque, Ojeda emprendió bruscamente el galope; los suyos le siguieron á todo escape , y entonces , desenvainando sus sables los españoles , amenazaron á Caonabo con despedazarle si hacía el menor movimiento ó daba un solo grito. De este modo se vió forzado á dejarse atar fuertemente con cuerdas; y al punto se precipitaron los jinetes á todo escape camino abajo hacia la Isabela.

La distancia que debían recorrer era todavía de más de cincuenta leguas, y debían dar grandes rodeos para evitar el paso por entre varias poblaciones indias. Era preciso vigilar continuamente todos los movimientos del preso. Tuvieron que pasar á nado arroyos y ríos , atravesar pantanos , trepar montañas sin camino abierto, extenuados de insomnio, fatiga y muertos de hambre. Los caballos habían agotado sus fuerzas.

Llegaron finalmente á la Isabela. Ojeda tenía siempre en la grupa á su preso agarrotado. El pequeño destacamento llegó delante del palacio del gobierno, residencia del Almirante , á quien hizo entrega del preso. Prendado el Almirante del buen resultado de aquel golpe de mano , mandó tratar con toda clase de consideraciones á su prisionero , señalándole por cárcel su propia habitacion; no obstante , se tuvo buen cuidado de añadir unas cadenas á las brillantes esposas que le habían fascinado , y sin esta precaución no habría dejado de escaparse el feroz Caraiibe.

En lugar de mostrarse abatido por semejante accidente el «Señor de la casa de oro» profería amenazas , con el intento de irritar el orgullo castellano , se jactaba de haber asesinado á los españoles , destruido su fortín , y preparado la misma suerte á los habitantes de la Isabela. Cuando el Almirante entraba en su aposento, fingía el Cacique no advertirlo, y se mantenía quieto. Al contrario, si se presentaba Ojeda, sentábase inmediatamente, y le saludaba con respetuosa sumision. El rasgo de audacia , llevado á cabo por Ojeda , estaba tan conforme con los ardides guerreros de los Caraiibes , siempre amigos de la astucia y del disimulo, que el «Señor de la casa de oro» sentía involuntaria admiracion hacia su vencedor. Tenía por

heróico el golpe de mano, y cuando se le hacia presente que era el prisionero del Almirante y no de Ojeda, y por consiguiente, que á aquél y no á éste debía sus respetos, contestaba que Ojeda le habia preso, y que el Almirante no se hubiera atrevido á ir á prenderle en medio de su pueblo.

El raptó del «Señor de la casa de oro» el gran Caonabo, habia llenado de estupor á la isla. En los primeros momentos habia producido el espanto y universal postracion en todas las poblaciones.

El Cacique tenia tres hermanos. Uno de ellos, llamado Manicatex, tuerto, era naturalmente apto para la guerra. Éste reunió un cuerpo de ejército de cinco mil arqueros, y envió emisarios á los diversos Caciques para formar un levantamiento general contra los españoles. Intentando Caonabo vengarse por medio de una estratagema, se quejó al Almirante de que, durante su detencion, los Caciques vecinos de sus Estados maltrataban á sus súbditos; y le suplicó que se dignara defenderles enviando algunos soldados á diversos puntos de su territorio. Esperaba que su hermano Manicatex les sorprendería, les haría prisioneros para obtener un cambio y libertarle, ó que á lo ménos les asesinaría, con lo que se haría más fácil el exterminio de los restantes extranjeros; pero Colon tuvo el cuidado de enviar, en lugar de hombres aislados, un fuerte destacamento á las órdenes de Ojeda, con lo que frustró el plan del Caraíbe.

El Almirante sabía que á excepcion de Guacanagari, la isla entera iba á levantarse en armas, por lo que resolvió no permanecer por más tiempo en la inaccion.

El 24 de marzo, aunque enfermo todavía, salió á campaña con un efectivo de doscientos infantes y veinte caballos, seguidos de algunos perros corsos. El inofensivo Guacanagari, al frente de sus guerreros, le acompañaba tambien segun su promesa. El Almirante dividió en dos cuerpos su reducido ejército, á fin de dividir la multitud de enemigos que descubrió al entrar en la Vega Real y que se elevaba, segun se dice, á más de cien mil hombres. Por su parte, Manicatex habia separado hábilmente sus tropas en cinco cuerpos de ejército, que debian ocupar las cinco salidas de la llanura, apoyarse y reunirse cuando el corto número de españoles que se dirigia contra ellos hubiese entrado en el espacio que habian dejado libre. Desplegándose entónces habrian envuelto y ahogado con su gran multitud al puñado de hombres, que los exploradores en su relacion habian desdeñosamente representado por un puñado de granos de maíz.

La evolucion del Almirante desconcertó la hábil táctica del guerrero Manicatex. Don Bartolomé Colon les atacó denodadamente con cien hombres, mientras que los demas cargaban impetuosamente sobre la izquierda, y el intrépido Ojeda se precipitaba con sus veinte caballos sobre el grueso del ejército. El choque de la caballería rompió todas las líneas; el fuego de los arcabuces y las terribles heridas

de las espadas españolas hicieron general la derrota que los perros corsos completaron con sus ladridos y mordiscos. Aterrorizados los indios, se hincaban de rodillas y pedían cuartel. Uno de los hermanos de Caonabo quedó prisionero, y fué á compartir la suerte del «Señor de la casa de oro.» Los españoles llevaron á la Isabela muchísimos prisioneros.

Aquella jornada aseguró por algun tiempo la tranquilidad general, inspirando una idea tan aventajada del poder de los extranjeros, que poco despues, cuando un español solo y sin armas pasaba por los puntos extraviados, se prosternaban casi los indios en su presencia y se apresuraban á ponerse á sus órdenes.

## § II.

Continuó el Almirante su marcha victoriosa en varias partes de la isla, manteniendo la disciplina militar entre su gente, aplicando la justicia á los indigenas á quienes, por otra parte, protegía su presencia contra todo insulto. Para tomar despues sus seguridades contra toda nueva confederacion de los Caciques, resolvió construir tambien tres fortalezas en las más importantes posiciones de la Vega. Él mismo delineó sus planos y les dió los nombres de Catalina, Esperanza y Concepcion. Especialmente éste debía ser formidable. Excepto Behechio, cuñado del «Señor de la casa de oro,» que permanecía tranquilo en el fondo de su residencia más lejana, los grandes Caciques se sometieron y se prestaron casi espontáneamente á pagar un tributo á Castilla. Ellos ofrecían una ligera cuota pagadera con productos vegetales ó por medio de prestacion personal para los trabajos de construccion emprendidos por los españoles.

Pero era necesario indemnizar al erario de Castilla los gastos que se habian hecho para las dos expediciones. El Almirante debía probar que el padre Boil, Fermin Zedo, el ensayador de metales, Pedro Margarit, y el enjambre de desertores que les habian seguido, mentían contra los hechos de la naturaleza y contra la evidencia. Una remesa de oro era el medio de alentar á los Reyes á que continuaran el descubrimiento de las regiones desconocidas, y el de reunir el precio del rescate de los Santos Lugares. Así pues decretó que cada habitante de los distritos de Cibao y de la Vega, de más de catorce años de edad, pagase cada trimestre al recaudador de los derechos reales una cantidad de polvo ó de granos de oro, de la capacidad de un cascabel de halcon. Sólo el tuerto Manicatex, hermano del «Señor de la casa de oro,» estaba, ademas, obligado á pagar cada trimestre, media calabaza de oro, lo que representaba un valor aproximado de ciento cincuenta escudos. En las provincias que no poseían minas de oro consistía el tributo trimes-